

SI SUFRES... AGÁRRATE A JESÚS

Por Javier Leoz

1.- Un denominador común, que entretejen perfectamente a las lecturas de hoy, es el sufrimiento del hombre.

Quien mira a Jesús, su cruz, se hace más soportable. Su enfermedad más llevadera. Sus pruebas más fáciles de superar.

Como Job contemplamos cómo muchos hermanos nuestros, sienten su vida como una interminable noche, sus días como experiencia amarga. ¿Qué respuesta ofrecerles? ¿Qué podemos hacer ante un mundo que parece, por momentos, romperse a pedazos? Ni más, ni menos, que volver a la humanidad que Jesús nos ofrece. Dejarnos tantear por El. Llamarle para que venga a nuestro lecho (a la vida matrimonial, política, sacerdotal, eclesial, económica, social, etc.,) y dejar que nos levante, una y otra vez, y volver a vivir dignamente

¿Fiebre nosotros? Y mucha. Hace tiempo que al hombre, frío para las cosas de Dios y excesivamente caliente para las cosas del mundo, se le han subido los humos demasiado. Piensa que sin Dios se puede vivir mejor. Que se puede ser más feliz sin tener en cuenta unos preceptos, que por otro lado si se cumplen, otorgan felicidad al cien por cien.

2.- Cuando venimos a la Eucaristía sentimos que se supera la fiebre de muchas cosas y en muchos sentidos:

-Recuperamos la esperanza frente al pesimismo

-La alegría frente a la tristeza

-La comunión frente al distanciamiento

-La fraternidad frente al individualismo

-La fe frente a la incredulidad

Al igual que la suegra de Pedro, sentimos que nuestros males desaparecen cuando nos acercamos a Jesús. Mejor dicho; si dejamos que Jesús se acerque a nosotros. Lo que ocurre es que preferimos estar sometidos a altas temperaturas. Postrados en el tálamo de nuestra mediocridad, enfermedad o debilidad

3.- Hoy, San Marcos, nos muestra ese poder curativo de Jesús que no es otro que el amor. El amor lo puede todo y lo invade todo. ¡Ojala los agentes de pastoral tuviésemos ese golpe certero (no de efecto) para levantar personas! ¡Para iluminar

conciencias! ¡Para disipar miedos! ¡Para sanar espíritus que en otro tiempo estuvieron totalmente orientados hacia Dios!

Uno de los riesgos que podemos tener, al escuchar y reflexionar el evangelio de este día, es observarlo desde una vertiente meramente sanadora o terapeuta. Muchas veces nos acercamos a la religión pidiendo a Santa Rita lo imposible, a San José una buena muerte, a San Pancracio la solución económica, a San Antonio un buen novio o a San Judas Tadeo el milagro mayor y máspreciado. Pero la fe, es no olvidar lo sustancial: el mensaje que nos trae Jesús. La razón de su venida: el amor inmenso que Dios nos tiene. Y luego, a continuación, cuando uno descubre ese corazón paternal de Dios es, cuando siente en propias carnes, que además es salud, vigorosidad, fuerza y todo lo demás.

Construyamos la casa desde abajo. No por el tejado. Escuchemos a Jesús. Sigamos sus pasos. Meditemos sus palabras y, luego, ¡claro que sí! Le digamos que toque nuestra frente para que desaparezca la fiebre, el corazón para que nos haga más generosos y toda nuestra vida para que sea sana y límpida. Y ahora dejadme que os comunique lo siguiente:

¡BAJA MI FIEBRE, SEÑOR!

En la congoja, hazme descubrir tu rostro

Cuando me rebelo ante Ti, condúceme de nuevo al camino correcto

Si no encuentro explicaciones a mis días, ilumíname con tu Espíritu

Si la suerte no me sonríe, infúndeme la virtud de la paciencia

Si la oscuridad me acompaña, coloca al fondo de mi jornada, una luz

Si el dolor aprieta, que tu cruz me haga relativizarlo

Si me encuentro enfermo, que recurra a Ti como al excelente médico

Si estoy sano, que no me crea dueño del mundo

Si tengo éxito, que sea prudente

Si poseo talento, que lo exprima al servicio de los demás

Si asoma la angustia, que recuerde que nunca Tú me fallas

Si las fuerzas desertan, que seas Tú mi fortaleza

Baja, Señor, la fiebre que me impide ver el fondo de las cosas:

La fiebre de mi egoísmo

La fiebre de mi altanería

La fiebre de mis falsas seguridades

La fiebre de mi autosuficiencia

Y, si ves que tardo, Señor, en levantarme del lecho

siéntate junto a mí para que, cuando vuelva en sí,

compruebe, una vez más, que tu Palabra es eterna

y fuente de verdad y compañía.

Amén.